

AZORIN Y CRUZ RUEDA

ESTÁ celebrándose el centenario del nacimiento de Azorín. Que, como él murió longevo, casi se junta con la fecha, no conmemorativa sino real, de su muerte. Hubiera convenido una perspectiva más distante. Le hubiera convenido al propio Azorín.

No diremos que la efeméride esté haciendo correr mares de tinta, pero sí se han publicado ya buen número de trabajos sobre el noventayochista de Monóvar. De los que yo he leído, que no son todos, pero tampoco son pocos, en ninguno he podido encontrar referencias a Ángel Cruz Rueda (si se excluye la muy digna del poeta Manuel Urbano, en el periódico de Jaén). Lo creo una injusticia.

Cruz Rueda nació en Jaén. Fue catedrático de Instituto y llevaba aires de hacer una narrativa interesante y digna, al lado de obras de erudición. El triunfo, con todo lo que ustedes quieran de relativo le llegó con el Premio Nacional de Literatura en el año 29, y fue por una obra deliciosa que se llama «Las gestas heroicas castellanas contadas a los niños». Un prodigio de prosa para pequeños lectores incipientes digámoslo cuando tan fuerte se clama porque no hay una verdadera literatura, ni cine ni teatro ni arte que puedan llamarse verdaderamente infantiles. Luego, el camino de Cruz Rueda se ladeó hacia un azorinismo incondicional, a una especialización abnegada. Cruz Rueda seguía cada paso literario, del maestro elegido, recortaba, anotaba, celebraba el sustantivo que se unía en primeras nupcias con el adjetivo feliz, todo por devoción.

Ciertamente, Azorín otorgaba a Cruz Rueda nobles pruebas de consideración, delicadas dedicatorias sobre la portadilla de un libro reciente, gratas esquelas. Pero tengo yo la aprensión de un no sé qué distante, escasamente compañero.

«Escrupuloso y circunspecto, es, ante todo, Ángel Cruz Rueda: hace cuarenta años comenzó a formar un archivo con mis artículos, con mis libros, con lo que decían de mí en los periódicos, en las revistas. Y continúa formándolo. Sigo yo escribiendo, y sigue Cruz Rueda guardando, clasificando, todo lo que escribo. No sé yo a estas alturas, qué es lo que he escrito; no quiero saberlo; me causaría, cierto impedimento para continuar escribiendo el saberlo. Pero estoy salvado; lo sabe Cruz Rueda.»

Esto lo publicó Azorín. Probablemente le habrá gustado, en aquel entonces, a su

biógrafo y exegeta. A mí no me acaba de gustar.

Es que acabo de releer las páginas de mi tío Ángel en su obra de creación genuina, luego perjudicada por el mucho culto azoriniano, .y pienso que ni Azorín era tan grande ni Cruz Rueda tan pequeño como para explicar el caso. Y ya me importa poco la injusticia de que en estas celebraciones no salga a relucir el nombre de Cruz Rueda. Lo que me duele es que por acarrear demasiadas piedras al monumento ajeno, Ángel Cruz Rueda habrá descuidado su centenario propio.

Antonio PEREIRA